CAPÍTULO XXVI.

El martirio.

SERIAN como las diez de la mañana del dia 5 de Febrero, cuando los veintiseis gloriosos mártires se hallaban suspendidos de las cruces, con dos verdugos á los lados armados de lanzas para traspasarles el corazon. Inmensa era la multitud que rodeaba aquel santo escuadron de invictos caballeros del Altísimo. Todos lloraban, aun los gentiles, movidos en aquel acto de profunda compasion, oyéndose á veces á algunos de ellos prorumpir en estos lamentos: "¿Qué delitos han cometido estos extranjeros? ¿Era esta la suerte que se reservaba á los embajadores de Luzon? ¿En esto debian parar tantos honores que les prodigara Taicosama en Nangoya?" Muy diversas eran, empero, las espresiones de los cristianos: "¡Oh Señor Dios Redentor del mundo! no permitas que la sangre de estos tus fieles siervos, caiga como signo de maldicion, sino antes bien de clemencia, sobre la cabeza de quien la derrama!" Otros exclamaban: "Dios mio, ten piedad de nosotros, miserables, por la virtud de tus mártires." Otros: "Cristo, hijo de María, haz que la sangre de estos héroes sea eterno sello de tu sacrosanta fé en estas infelices regiones." Algunos: "¡Ay de tí, Japon, tierra ingrata, que entregas á la muerte á los siervos del Señor, nuestros dulcísimos padres! y tú, Taicosama, principal instrumento de su muerte, tiembla y llénate de espanto, que á pesar del esplendor del trono, está muy cerca á herirte la mano de Dios." Todos, en fin, vueltos á los mártires, gritaban de vez en cuando, bañados de lágrimas: "¡Dios os guarde, invictos campeones de la fé! no nos olvideis, y rogad por nosotros al Señor, al presentaros gloriosos ante su sólio. No, amadísimos padres nuestros, no dejeis de protejer desde lo alto á los que en vida trabajásteis tanto en dirijir por el camino recto de la salvacion. Todos, padres, estamos afli-

jidos y dolientes por vuestra partida; pero no menos ciertos de que pedireis en el cielo por los que ahora huérfanos y desolados dejais llorosos en la tierra."

Tales eran los clamores de los cristianos, y los mártires, cada uno desde su patíbulo, los bendecian en el nombre de Dios, y con sereno semblante no cesaban de predicar á todos la fé de Cristo, especialmente Pedro Bautista y Martin de la Ascension, franciscanos, y el jesuita Pablo Miki. Y en esto se aproximaba la hora de su gloriosa muerte, y los verdugos, preparados ya á dar los golpes fatales, solamente esperaban la señal de Fazamburo. Pero antes de continuar, debemos poner á la vista del lector la posicion de cada una de las cruces, que es la siguiente:

Miraban al Poniente á la derecha de los franciscanos:

I. San Pablo Luzuqui, natural de la provincia de Ovari, tercero de San Francisco, enfermero, intérprete de los religiosos, predicador insigne de la fé, y autor de varios opúsculos para instruir á los neófitos en la religion cristiana.

II. San Gabriel Duizco, japon, de diez y nueve años, familiar, catequista y Tercero franciscano.

III. San Juan Quizuya, natural de Meaco, cristiano nuevo, familiar y catequista de los franciscanos y su Tercero.

IV. San Tomás Idanqui, de Meaco, de la Tercera órden de San Francisco, cristiano antiguo, enfermero, catequista é ilustre predicador del Evangelio.

V. San Francisco Médico, japon, de cuarenta y seis años, aunque moderno cristiano, insigne apóstol, intérprete y Tercero de los franciscanos, y escritor de un tratado en materia de religion.

VI. Santo Tomas Cosaqui, japon, jovencito de quince años no cumplidos, hijo de San Miguel Cosaqui, alumno y catequista de los franciscanos, y su Tercero.

VII. San Joaquin Saquiye, natural de Osaca, cristiano nuevo, familiar de San Martin de Aguirre, catequista, criado de los religiosos y Tercero de San Francisco.

VIII. San Buenaventura de Meaco, japon, de la Tercera Orden fran-

ciscana, infatigable trabajador de la viña del Señor, catequista y enfermero en el convento de su patria.

IX. San Leon Garasuma, natural de Corea, primer compañero, y Tercero de los franciscanos, principal intérprete y enfermero, é intrépido apóstol de la fé de Jesucristo.

X. San Matías de Meaco, Tercero, japon, cristiano nuevo, familiar y auxiliar de los franciscanos en las empresas de su apostolado.

Estaban en medio los seis franciscanos.

XI. San Francisco de San Miguel, laico, natural de la Parrilla, pueblo de la diócesis de Palencia, cerca de Valladolid en España, uno de los primeros llegados al Japon con San Pedro Bautista, de cincuenta y cinco años, insigne por santidad, é ilustre por milagros obrados en su vida.

XII. San Francisco Blanco, sacerdote, natural de Tamayron, villa de la Diócesis de Orense en Galicia, insigne predicador de la fé de Jesucristo y discípulo de San Martin de Aguirre, de treinta años.

XIII. San Gonzalo García, laico, natural de Bazain del reino de Can en la India Oriental, uno de los primeros franciscanos venidos al Japon con San Pedro Bautista, laboriosísimo apóstol de Jesucristo, de cuarenta años.

XIV. San Felipe de las Casas, corista, natural de América y propiamente de la ciudad de México, último llegado al Japon, ilustre por santidad y austeridad de vida, de veintiseis años.

XV. San Martin de Aguirre, sacerdote, natural de Beasain, pequeño pueblo de la provincia de Guipuzcoa en España, lector de Teología, ilustre predicador y esclarecido por santidad y doctrina, de treinta años.

XVI. San Pedro Bautista, comisario, embajador de Luzon, primer apóstol de las Islas Filipinas y del Japon, insigne sobre todos por santidad, doctrina y milagros, de cincuenta y dos años.

A la izquierda de los franciscanos, al Oriente.

XVII. San Antonio de Nagasachi, japon, jóven de cerca de trece años, de la Tercera Órden de San Francisco, alumno y catequista de lo religiosos, ángel de puras costumbres.

XVIII. San Luis Ibarche, niño de once años, Tercero, japon, sobrino de los santos Leon Garazuma y Pablo Suzuqui, primer ayudante de San Pedro Bautista en el Santo Sacrificio de la Misa, el mas jóven é inocente de todos.

XIX. San Pablo Ibarche, natural de la provincia de Ovari, hermano carnal de San Leon Garazuma, cristiano nuevo, cristiano nuevo, catequista é intérprete de los franciscanos y su Tercero.

XX. San Juan de Goto, japon, hermano de la Compañía de Jesus, ilustre por la suavidad de sus costumbres y santidad de su vida, de diez y nueve años.

XXI. San Pablo Miki, jesuita japon, escolar, insigne predicador de la fé, de treinta y tres años.

XXII. San Diego Kisay, coadjutor temporal de la Compañía de Jesus, natural del Japon, ilustre por su santidad, de sesenta y cuatro años.

XXIII. San Miguel Cosaqui, Tercero de San Francisco, padre del jóven Tomás, enfermero, catequista é intrépido colaborador de los religiosos en la viña del Señor.

XXIV. San Pedro Suquezi, japon, antiguo familiar y Tercero de los franciscanos, llamado Adaucto, porque se agregó á los mártires en su camino á Nagasachi.

XXV. San Cosme Taquia, Tercero, japon, familiar y catequista de los franciscanos, é insigne predicador de la fé.

XXVI. San Francisco Fahelante, japon, de la Tercera Órden Franciscana, reunido á los mártires en su viaje al lugar del suplicio.

Tal era la colocacion de los veintiseis héroes de la fé; cada uno, como va referido, distante del otro tres ó cuatro pasos. En el medio, y propiamente entre los dos franciscanos Gonzalo y Felipe, se elevaba una larga asta con un cartel, escrita en lengua japona la sentencia de muerte; y de una y otra parte de ella, los padres Juan Rodriguez y Francisco Paz, bañados de lágrimas y con las manos alzadas en acto de confortar á los mártires en el momento último de su tránsito. Y llegada ya esta hora de triunfo y de llanto, dada la señal por Fazamburo á los verdugos, comenzaron estos la dolorosa ejecucion, del modo siguiente:

El primero á consumar el martirio, fué San Felipe de las Casas, último llegado al Japon, quien enteramente absorto en Dios, y los ojos

elevados al cielo, pronunciaba afectuosamente los Dulcísimos Nombres de Jesus y María, cuando acercándose á su cruz dos verdugos, le traspasaron el pecho con dos lanzadas (1). Y entonces de toda la multitud de cristianos fué escuchado un prolongado gemido de compasion; mas el cielo lo dió mayor de aplauso por la entrada de un nuevo mártir; y dichoso Felipe por haber precedido á sus hermanos en adquirir la corona, anunció el primero de todos á los ángeles, la grande victoria que sobre el infierno conseguia la fé en la tierra.

Muerto Felipe, se prepararon los verdugos á alcanzar á San Francisco Blanco. Ni este héroe palideció á la vista de la próxima muerte; mas pensando en que toda virtud puede faltar sin la ayuda de Dios, exclamó lleno de celestial resignacion: "Señor, en tus manos encomiendo mi alma." Y dicho esto, traspasado su corazon con dos lanzas, voló á la posesion de su Criador, encontrándose antes que los demas con Felipe por las sendas luminosas del cielo, rodeada ambos su frente con la brillante aureola de gloria.

El tercero fué San Martin de Aguirre, sobre manera alegre despues de la gloriosa partida á lo alto de Francisco Blanco su amado discípulo, en cuya compañía habia hecho el viaje de mar y entrado al Japon. Al ver moverse á los soldados, principió á cantar el salmo que comienza: "Alabad al Señor, gentes todas de la tierra." Y ya estaba en el fin, cuando con tres golpes de lanza fué su corazon traspasado; y su alma entonces, abandonando la cárcel del cuerpo, se halló ante el trono de Dios, junto con sus dos anteriores hermanos, con la palma de los mártires.

Subido al cielo Martin, se llegaron los verdugos á la cruz de que se hallaba pendiente el santo laico Gonzalo García. Ni tembló á aquella vista el fuerte atleta de Cristo, sino que, recordando, como humildísimo que era de corazon, que todo hombre mientras es peregrino sobre esta

(1) El P. Medina, en la Crónica de San Diego de México, y en la vida particular que escribió de San Felipe de Jesus, dice que fué atravesado con tres lanzas, y así lo dicen tambien las oraciones del oficio que se reza en Mexico: *Inter primos Japoniæ Martyres Beatum Philipum, cruci alligatum, triplicique lanceæ confossum, primum omnium martyrio coronatti.* Nota del traductor.

tierra puede caer en pecados, encomendándose á Dios y diciendo: "Señor, ten piedad de mis culpas, traspasado tambien por las lanzas, voló á la feliz morada de los justos, para ser coronado de mano de los ángeles.

Habiendo espirado Gonzalo, las lanzas de los esbirros de Fazamburo se dirijieron al pecho de San Francisco de la Parrilla. Estaba entonces dirijiendo sus oraciones á la Vírgen inmaculada, y á las palabras, "Dios te salve María, llena de gracia," dividido su corazon le entregó su alma, que recibida por sus hermanos en las puertas del cielo, lo acompañaron ante el trono del Cordero sin mancha.

Quedaba solamente, de los franciscanos, Pedro Bautista, el capitan de todo aquel valeroso escuadron de héroes y el padre de todos. Mas estaba él reservado á mayor destrozo de su corazon, destinado á morir el último de todos, despues de haber visto subir al cielo á sus gloriosos hijos, ofrecidos por su mano segun espiraban, á Crista Redentor del mundo, como víctima expiatoria de los pecados de sus enemigos. Así es que, dejándolo vivo para contemplar el estrago que se hacia en sus amados hijos, los soldados, unos por la derecha y otros á la izquierda de los franciscanos ya muertos, siguieron alanceando uno á uno, á todos los japones. Y estos, como fuertes héroes y verdaderos soldados de la fé católica, espiraron con la sonrisa de los justos en los lábios, bendiciendo á Cristo, invocando el Dulce nombre de María, y pidiendo á la Divina Clemencia, el perdon para sus mismos verdugos, exclamando cada cual desde su cruz, á ejemplo del Nazareno: "Perdónalos, Señor, porque no conocen lo que hacen." Así murieron, el glorioso San Leon Garazuma, el esforzado Francisco Médico, el ilustre Buenaventura de Meaco, el caritativo Pablo Suzuqui, el intrépido Cosme Taquia, el afortunado Miguel Cosaqui, el admirable Gabriel Duizco; así Juan Quizueya, Joaquin Saquiye, Pablo Ibarche, Matías de Meaco, Toman Idanqui, Francisco Fahelante, Pedro Suqueri, y el jesuita Diego Kisai; así finalmente todos. Ni faltaron, en aquel solemne momento, ejemplos magnánimos, singulares y de la mas fuerte confusion al infierno, mayor edificacion al pueblo cristiano y nueva alegría á todos los bienaventurados moradores del cielo.

Juan de Gota, traspasado de lanzas, con intrepidez superior á su edad de diez y nueve años, murió en aquel momento mismo en que su padre

llegado á darle el último adios, abrazándole los piés en señal de reverencia, los bañaba con sus lágrimas, retirándose en seguida, cubierto todo con la sangre caliente de su hijo.

El santo Pablo Miki, viendo acercarse la hora de su tránsito, habló de esta manera á la atónita multitud: "Escuchadme, todos cuantos estais aquí presentes. Yo no soy hombre de Luzon, sino japon y religioso de la Compañía de Jesus; yo no he cometido ningun delito, y he sido condenado á la muerte de cruz, solo por haber predicado la ley de Jesucristo. Yo muero muy contento por tan bella causa, atribuyendo tambien al mayor beneficio de Dios la suerte que me está reservada. Muy fácil es convenceros, que en este último momento de mi vida no puedo predicaros sino la verdad; yo, pues, os juro todavía otra vez en el nombre de Dios, que no existe otro camino para la salvacion fuera del que enseña la ley cristiana; y puesto que manda esta, á todos sus hijos el perdon de las ofensas, yo de buena voluntad perdono de corazon, desde esta cruz, á todos aquellos que me han hecho mal, pero mas especialmente al emperador del Japon y á los demas que directa ó indirectas mente son causa de mi muerte. Yo no siento dentro de mi corazon ningun rencor hácia el príncipe; solamente deseo, que tanto él como los demas japones, habriendo los ojos á la luz de la verdad, se conviertan á Cristo." Y dicho esto, á las palabras *In manus tuas Domine commendo spiritum meum*, traspazado de las lanzas, entregó su bendita alma en las manos de su Criador.

Pero aun conmueve mas lo que se refiere sobre la muerte del angélico jovencito Antonio. Durante el viaje de Osaca á Nagasachi, habíale prometido el santo comisario Pedro Bautista, que puesto ya en la cruz, le habria hecho cantar, con los otros dos jovencitos, el Salmo: "Alabad ó niños al Señor." Así es que, muertos ya casi todos sus invictos compañeros, y viendo próximo el momento de su muerte, se volvió á la cruz del santo comisario, que estaba inmediata á la suya, y le dijo sonriendo: "Padre, ¿no recordais la promesa que nos hicisteis durante el viaje, de que nos hariais cantar á nosotros los mas jóvenes, cuando estuviésemos en la cruz, el Salmo *Laudate pueri Dominum*? Entonad, pues, que la hora es llegada." Pero el santo comisario, como tuviese el espíritu muy elevado en la contemplacion de las cosas celestiales, nada respondió á

estas palabras. Por lo cual Antonio, vueltos los ojos al cielo, con un semblante hermoso, como el de los ángeles, levantando la voz comenzó á cantar: "*o niños, alabad al Señor.*" A cuyas espresiones, contestando Luis, crucificado á su lado, siguió en la misma voz diciendo: "*Alabad, ó niños, el nombre Santo de Dios.*" Y Tomás, hijo de San Miguel Cosaqui, aunque distante, siguiendo á Antonio y Luis, en tono alto y sublime, continuó diciendo: "*Sea bendito el nombre del Señor, desde ahora hasta todos los siglos.*" Uuiéndose luego los tres angélicos jovencitos, en concierto de sublime y celestial armonía, prosiguieron el canto. "Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, es digno de alabanza el nombre del Señor. Excelso es sobre todas las naciones el Señor y su gloria sobre los cielos. ¿Quién es como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas y atiende á las cosas humildes en el cielo y en la tierra? Él levanta de la tierra al desvalido, y alza del estiercol al pobre, para colocarle con los príncipes, con los príncipes de su pueblo. Él hace que habite en casa la mujer estéril, gozosa de ser madre de hijos. Alabad, pues, ó niños, el nombre Santo de Dios." Y dicho esto, se dirijieron las lanzas de los soldados á sus tiernos pechos, viéndose entonces cúan grande y admirable sea el poder de la fé de Jesucristo, que así como confió el magisterio de su doctrina á pobres pescadores, así encomendó la defensa de su religion, ante los tiranos de la tierra, á tiernos cuerpecillos de débiles mujeres, y muchas lenguas de lactantes pequeñitos. Porque, aunque al resplandor de las lanzas levantadas por los soldados para traspasar á aquellos tres amables é inocentes corderillos, se elevó un alto grito de compasion de toda aquella iumensa concurrencia. Tomás, Antonio y Luis, tranquilos y serenos, sonrieron de aquella manera que se ha contemplado en el rostro solamente de los felices caminantes la cielo. Cual si viesen á sus ojos, abiertas las puertas de la bienaventurada patria, siguieron exclamando: "¡Paraiso, Paraiso!" á cuyas palabras, traspasados cada uno de dos golpes de lanza, espiraron sus inocentes almas, que al momento volaron á aumentar aquel glorioso ejército de ángeles que cantan perpetuos *Aleluyas* ante el trono del Hijo de Dios.

Entre tanto, solo quedaba vivo el capitan supremo de aquella escojida

legion de campeones, el ángel de las Islas Filipinas, el intrépido embajador de Luzon, el Apóstol del Japon, el padre de bienaventurados hijos, el Santo, el invicto, el glorioso comisario Pedro Bautista. Este, tantas veces muerto cuantos fueron los golpes de lanza que atravesaron los cuerpos de sus amados hijos y compañeros, despues de haber visto como la invicta madre de los Macabeos, subir uno á uno al eterno reposo, y veinticinco veces victorioso contra el infierno en la muerte sufrida por ellos en defensa de la religion de Cristo, estaba esperando los golpes fatales en un éxtasis de inefable gozo, y mas bien ciudadano del cielo que viador en este terrenal destierro. Así es que, al brillar las lanzas, vueltos los ojos al cielo, despues de haber confortado á los cristianos á permanecer firmes en la fé de sus padres, y á los gentiles á abrazar finalmente la única religion hija del cielo: despues de haber perdonado á sus verdugos, y como si viera á sus hijos salir al encuentro en medio de un escuadron de ángeles con la palma de la victoria en la mano, movió suavemente los lábios en una sonrisa de inefable placer. Era la sonrisa del justo, que ve en la muerte próxima la patria, rotas las cadenas, terminada la esclavitud. Era el dulce recuerdo de haber derramado en servicio de Dios tantos sudores, y sostenido tantas fatigas y sufrido tantas persecuciones en bien de los projimos. Era la memoria de tantas lágrimas enjugadas, tantos corazones consolados, tantos pueblos redimidos. Era la amable certeza de haber gastado la vida en las empresas de un apostolado de amor y de caridad, con que iba á sellar con su propia sangre la fé de Jesucristo, á quien ya escuchaba invitarlo á recibir el premio de sus grandes tareas. En este feliz estado, á pocos momentos, con dos golpes de lanza entrego dulcemente su alma en las manos del Criador, y volando rápidamente á los collados eternos del paraíso, acompañado de su gran Patriarca Francisco y al frente de veinticinco mártires, se presentó ante el trono del Hijo de Maria, donde fué coronado de mano de los ángeles, que entonaron á la fé triunfante el himno de la victoria.

Tal fué el glorioso martirio consumado en solemne testimonio de la fé del Nazareno por nuestros veintiseis héroes en Nagasachi del Japon, á 5 de Febrero del año de gracia 1597, dia miércoles, á las diez de la mañana, ocupando la cátedra de San Pedro gobernando al mundo católico, el Pontífice Clemente VIII; rijiendo la monarquía de España, Felipe II; la Órden Franciscana, el padre Buenaventura Secusi, siciliano, Patriarca despues de Constantinopla; las Islas Filipinas por la Corona de Castilla, D. Francisco Tello; la Iglesia de Manila, el padre Ignacio Santibañes Minorita; la Seráfica provincia de Luzon, el padre Juan de Garavallas.

¡O Santa Iglesia de Jesucristo, salve! Muertos están los invictos campeones de tu fé, pero tú venciste, y su sangre vendrá á ser perpetua semilla del cristianismo en aquellos bárbaros y remotos países. ¡Salve ó Madre Iglesia, único consuelo de la pobre humanidad peregrina en este terreno destierro! Dentro de poco los pueblos del Japon, recordando el heróico combate sostenido y vencido con la muerte de tus gloriosos hijos, se levantarán intrépidos á pelear de nuevo contra los secuases del error, y la sangre de millares de millares de nuevos mártires, testificará en el porvenir, que tú, ó inmaculada hija del cielo, combatida siempre y jamas vencida, cada dia se levanta mas bella y fuerte de las persecuciones de tus enemigos, y á cada paso que dá en esta tierra de dolores, en medio del aplauso de los creyentes, escribe una palabra que dice: *¡Triunfo!* á los invictos hijos de Francisco é Ignacio, entrados de nuevo á demostrar el ensangrentado campo del Japon, seguirán los magnánimos de Agustin y Domingo; al caer estos, vendrán otros y otros en pos de su heróica muerte; con su sangre será de nuevo bañada toda esta tierra infeliz, pero la fé se avivará en los pechos católicos, nuevamente será domado el infierno, y tú siempre escribirás *¡Triunfo!* ¡Oh, sí, alégrate, inmaculada esposa del Nazareno! ¡La última batalla será larga, terrible, pero grande el triunfo, sublime la victoria; y tus hijos, ceñidas las sienes de nuevas y purpureas rosas, presentarán al atónito mundo las innumerables palmas recogidas en aquel vasto campo de sangre, y ante tu divino acatamiento pondrán siempre nuevas y copiosas gavillas, que enriquezcan los graneros del paraíso.